

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Paula Valbuena Sánchez
Enrique Conde Álvarez

2º Bachillerato “C” - I.E.S. La Estrella

Con motivo del bicentenario del 2 de mayo y del comienzo de la Guerra de Independencia, presentamos un análisis de algunos puntos especialmente destacables de la efeméride y de su desarrollo. Repasamos acontecimientos históricos desde finales del reinado de Carlos IV hasta el retorno de su hijo Fernando *el deseado* detallando y profundizando en aspectos que hemos considerado de especial importancia, como el relato del 2 de mayo de Blanco White, el 19 de marzo de Galdós, el expolio durante la guerra, o la colección pictórica de Goya “Los Desastres de la Guerra”. Para finalizar comentaremos lo que supuso la revolución política (Cortes de Cádiz y Constitución de 1812) y la restauración del Absolutismo.

El marco de estos sucesos podría abarcar desde parte del reinado de Carlos IV, con quien España comenzó a tener sus primeras relaciones con la Francia revolucionaria. Al principio, la Revolución Francesa desencadenó un miedo al contagio de las ideas en nuestro país, que llevó al conde de Floridablanca a cerrar la frontera, establecer una rígida censura y disolver precipitadamente las Cortes. Aún así, las ideas liberales acabaron entrando en la península. Tras la ejecución de Luis XVI estalló la Guerra de los Pirineos contra Francia, en marzo de 1793, y acababa dos años después. Fue un fracaso rotundo y un desastre militar que acabó con la ocupación francesa de plazas españolas en la zona fronteriza y en América. Un año después se firmó el Tratado de San Ildefonso, por el que España y Francia entraban conjuntamente en guerra contra Inglaterra, y, tras ser derrotados en San Vicente, nuestro comercio colonial se hundió. Poco después de la llegada de Napoleón al poder se firma el segundo Tratado de San Ildefonso, que forzaba la vuelta de Godoy. En 1801 se inició la Guerra de las Naranjas contra

Portugal y tres años después estallaba una nueva guerra contra Inglaterra, que culminó con la derrota de Trafalgar. En 1807 Napoleón ya pensaba invadir Portugal. Para llegar su ejército necesitaba un permiso de la Corona Española que le autorizara a atravesar la península. Así firmó el Tratado de Fontainebleau (29 de octubre de 1807).

Dentro de España se había ido formando un núcleo de resistencia al rey y a Godoy entorno a Fernando. Éstos consiguieron persuadir a un pueblo que atravesaba una grave crisis económica y social. No se sabe con certeza cuándo decidió Napoleón hacerse con la Corona de España, pero se cree que, tras el motín del 19 de marzo y la abdicación de Carlos en su hijo, vio el momento de aprovecharse de la crisis política y la debilidad de los monarcas. El ejército francés entró en España entre noviembre y febrero de 1808 y se acuarteló en varias ciudades (violando el Tratado de Fontainebleau), lo que hizo que cundiera la alarma y el descontento entre la gente. Los abusos producidos por las tropas francesas fueron utilizados por los partidarios de Fernando para dar el golpe definitivo. Entonces se produjo el Motín de Aranjuez y la caída de Carlos IV y de Godoy.

En definitiva, éste era el panorama político del país poco antes de la Guerra de Independencia.

En los “Episodios Nacionales” Benito Pérez Galdós nos relata, según su punto de vista, el Motín de Aranjuez, el cual “se gesta como una fuerza ciega y destructiva que se corporiza en una multitud manipulada por las intrigas del poder”. El pueblo se convierte en un monstruo repugnante al servicio de intereses ocultos.

Es una banda reclutada entre pícaros y marginados, nada que ver con héroes nacionales al servicio de su patria. En el libro, Gabriel descubre esta realidad cuando Lopito le ofrece una colocación indigna, “*¿Y por qué es eso, Lopito? Yo creí que esa gente gritaba y chillaba porque así era su gusto. De modo que todo eso de ¡vivan nuestros reyes! Y lo de ¡muera el choricero! ¿es porque corre el dinero?*”. En medio de la agitación popular que lo arrastra con furia incontrolada, Gabriel se enfrenta a los aspectos más miserables de la violencia y la ignorancia, instrumentadas desde el poder. La venganza, la ingratitud, el ansia de destrucción, oscuros resentimientos, la crueldad, la burla, “la borrachera de alcohol y de fuego”, convierten al pueblo que saquea el palacio en una bestia salvaje: “*...y en esa tarea de exterminio la terrible fiera empleaba a la vez y en espantosa coalición todas sus herramientas, las manos, las patas, las garras, las uñas y los dientes, repartiendo puñetazos, patadas, coces, rasguños, dentelladas, testarazos y mordiscos*”.

Más adelante, tras el secuestro de la autoridad real, cundió la ira entre el pueblo madrileño y se levantó en armas contra los franceses de Murat el día 2 de mayo. En desigualdad de condiciones, el populacho arremetió contra la organizada infantería napoleónica armado con piedras, cuchillos y demás utensilios que encontrara. Los invasores contaban con caballería y artillería mientras que los sublevados sólo recibieron el respaldo de una mínima parte del ejército. José María Blanco White, contemporáneo a los sucesos afirma que “*El levantamiento del 2 de mayo no surgió a consecuencia de un plan preparado por los españoles, sino que, por el contrario, fue provocado por Murat, que para intimidar a todo el país ideó astutamente la manera de producir una explosión de violencia en la capital.*”

Para ganar un mayor control sobre el pueblo español Murat creyó conveniente demostrar lo fácil que les resultaba aplastar una sublevación con una experiencia en la propia capital. Pero su intento de dar ejemplo al resto del país salió mal y la insurrección madrileña animó a hacer lo mismo a otras ciudades. Comenzaba entonces la dura Guerra de la Independencia.

Fraser también afirma que no fue ningún movimiento *“popular y espontáneo”*, sino que fue propiciado por pequeños grupos partidarios de Fernando VII, *“que no tenían ninguna relación con los demás insurrectos”* y que *“usaron al pueblo bajo no sólo contra Napoleón sino también contra Godoy”*, quien representaba a la administración local que había pactado con Napoleón. No fue un complot nacional, se precipitó por varias razones, pero la mayor causa fue el anuncio de la renuncia al trono de Fernando VII. También dice, textualmente, que *“los españoles durante la guerra no tenían una ideología por la que luchar, no había partidos ni estaban organizados, por eso, la Guerra de la Independencia fue fragmentaria y dispersa.”*

Según Galdós, que da otro punto de vista al levantamiento, la muchedumbre ya no era ignorante ni un monstruo furioso, sino que ahora mostraba una actitud valerosa, y ensalza el heroísmo y el martirio de un pueblo patriótico.

Con este amotinamiento comenzaba la Guerra de la Independencia, al extenderse la rebelión a muchos otros puntos del país. Cabe destacar que este levantamiento provocó las represalias del 3 de mayo, el fusilamiento de civiles e inocentes. Este hecho está representado por Goya en “Los Fusilamientos del 3 de

mayo”, cuadro en el que aparece gente civil y humilde que va a ser ejecutada. Hay hasta una mujer con un niño en brazos. Exalta el horror y la desesperación de los condenados ante el pelotón francés. El personaje principal sí muestra valor mirando a los franceses y levantando los brazos en cruz. En contraposición los franceses no están individualizados y ni siquiera se les muestra el rostro. La pintura es un grito contra la irracionalidad y la atrocidad de la guerra. Por último, el contraste entre zona iluminada y zona oscura sirve para simbolizar la diferencia entre el bien (la luz) y el mal (la oscuridad).

El término Guerra de la Independencia resulta algo polémico hoy en día. Algunos historiadores defienden la búsqueda de uno alternativo. El director del Instituto de Estudios Panibéricos, F. Álvaro Durántez P., afirma que el término es incorrecto al tratar de dicho conflicto al no haber *“conquista o acción bélica de invasión de España en el inicio. Lo que se produjo fue una ocupación de facto de parte del territorio, y un golpe de Estado a la autoridad española.”* Además añade: *“No se produjo transferencia de soberanía española a ninguna autoridad francesa, sino que la misma fue asumida por el pueblo español, a quien pasó de modo directo con la creación de Juntas Provinciales coordinadas por la Junta Suprema Central”.*

Teniendo en cuenta que no había relación metrópoli-colonia, la expresión “de Independencia” puede dar lugar a error, pero también hay que señalar que el traspaso de la Corona está reflejado en las Abdicaciones de Bayona oficialmente, donde Napoleón hace abdicar a Fernando en su padre primero para reafirmar la “legalidad” del traspaso. Por otro lado, las Cortes de Cádiz no fueron del todo

representativas, luego ese poder no lo asumió el pueblo en su totalidad sino una pequeña parte de él. Por último dice que resulta contraproducente nombrar así al conflicto, ya que *“eso supondría la subordinación de España a Francia sin razón histórica objetiva”*.

Adentrándonos ya en el desarrollo de la guerra en sí, merece especial atención la figura del guerrillero.

Aparte de la ayuda recibida del extranjero (Inglaterra y Portugal) los españoles se organizaron en unidades de paisanos armados y llevaron a cabo una guerra de guerrillas, desgastando a las tropas francesas. Estaban compuestos no sólo por civiles, sino también por delincuentes que asaltaban indistintamente a uno y otro bando. La idea mitificada del honrado guerrillero a caballo es completamente falsa. El pillaje, el saqueo y los abusos fueron una constante por parte de estos grupos. Destaca entre ellos Espoz y Mina, con mucho el mejor y más eficaz jefe guerrillero, que al finalizar la guerra mandaba un pequeño cuerpo del ejército con unos 14.000 hombres.

Los inicios de la guerra fueron favorables a los invasores, pero el conflicto dio un giro tras la batalla de Bailén, con una humillante derrota francesa. Entonces, Napoleón decide enviar la *Grande Armée* y Madrid se volvió a rendir el 4 de diciembre. Tras una serie de victorias francesas, el inesperado cambio de rumbo de la guerra se produjo cuando la guerra en Rusia obligó al emperador francés a reducir el número de efectivos en España. El 21 de julio de 1813 la batalla de

Vitoria consumó la derrota francesa y obligó a Napoleón a firmar el Tratado de Valençay (11 de diciembre), restituyendo la Corona de España a Fernando VII.

La guerra, las epidemias y el hambre causaron la muerte de medio millón de personas. Económicamente, la Hacienda española se arruinó definitivamente, a la par que numerosas fábricas textiles cerraron. Se produjo la pérdida del mercado colonial y se activó el proceso de independencia americana. Ciudades como Zaragoza, Gerona o San Sebastián quedaron totalmente arrasadas. Además, los franceses llevaron a cabo un importante expolio de obras artísticas.

La libertad y fraternidad de la Francia revolucionaria parecían haber quedado olvidadas. La rapacidad de algunos generales napoleónicos dejó a España sin millares de cuadros, que pasaron a engrosar las colecciones de éstos o al mercado internacional. Este imperialismo cultural se puede sintetizar en algunos episodios destacables.

El más importante podría ser el de la desventurada historia del célebre equipaje de José I al abandonar España. Se marchaba con centenares de carruajes llenos de obras artísticas españolas, pero Wellington consiguió recuperar parte de ellas antes de que saliera del territorio español. Cabe destacar al mariscal francés Soult, que a su paso conquistador obligaba en iglesias y en comunidades a la entrega de los mejores cuadros. Este personaje consiguió reunir la posiblemente más importante colección privada. Aunque el Congreso de Viena obligaba a los franceses a devolver todo lo saqueado durante la guerra, el representante español en Viena, Pedro Gómez Labrador, consiguió mucho menos de lo esperado. Su

inoperancia y desinterés le llevó incluso a aceptar el cobro del valor de algunos cuadros en vez de la obra en sí (además había olvidado requerir casi la mitad de lo robado).

Aparte de la ineficacia de este representante a la hora de la devolución, también influyó en que no recuperáramos más que una pequeña parte la venta de las obras en el mercado internacional poco después de la rapiña. Comerciantes de muchos países vieron en la España en guerra una gran oportunidad para obtener cuadros, especialmente obras de Murillo y Velázquez, a muy bajo precio para luego subastarlos. Sánchez Cantón lo relata en su libro “La venta de cuadros en 1801” (Archivo Español de Arte, 1937).

En definitiva, los generales franceses no se marcharon con las manos vacías, ni mucho menos. Su atracción por la pintura española les llevó a hacerse con millares de cuadros de nuestros más célebres pintores.

Ya hemos analizado en puntos anteriores las consecuencias de la guerra *grosso modo*, pero quien mejor lo representa es Francisco de Goya en “Los Desastres de la Guerra”, serie de 82 grabados realizados entre los años 1810 y 1815. En ellos nos muestra el horror, el espanto y la crueldad de la Guerra de Independencia, que bien puede extenderse a cualquier otra guerra. El tema central es la muerte en todas sus formas y circunstancias. Todos los personajes comparten la condición de víctimas, tanto los de un bando como los del otro. Goya dibuja a una masa anónima de soldados franceses, guerrilleros y gente el pueblo; hombres, mujeres y niños; y, en general, gente que sufre las más inimaginables

atrocidades. Se trata, pues, de una denuncia con una fuerte carga antibelicista, y con sus estampas está afirmando que es testigo presencial de los hechos, actuando como un reportero sobre el terreno. En las estampas, la guerra queda reflejada como un simple marco para dar rienda suelta a los más bajos instintos humanos. Patéticas escenas de mendicidad y cadáveres en la calle forman un espléndido mosaico de denuncia contra las atrocidades de la guerra. La primera parte de la serie se centra en la propia guerra (estampas del 1 al 47), la segunda refleja las consecuencias en la sociedad (del 48 al 64), y la tercera parte o “caprichos enfáticos” (del 65 al 82) critica ferozmente a las clases sociales adictas al nuevo régimen, causa posible de que “los Desastres” no fueran publicados en estos años. Muchos de estos últimos grabados tienen un carácter alegórico: los lobos simbolizan el absolutismo, los caballos el liberalismo, y los monstruos en general a quienes se aprovecharon de la guerra.

Para finalizar y como último punto, repasaremos la revolución política producida en la España invadida y el retorno de Fernando VII.

El giro que dio la mentalidad de muchos españoles durante el conflicto supuso un gran avance, y tuvo un gran peso en cuanto a la evolución política posterior del país. Las ideas de la Francia revolucionaria no calaron en general en la población española, excepto en aquellos que pasarían a ser llamados *afrancesados*, pero sí hubo un fuerte crecimiento del espíritu liberal frente al absolutismo. La creación de la Junta Suprema Central, que asumía el poder en regencia hasta el regreso del rey, representó la primera experiencia de soberanía popular. El pueblo, que ve que su rey es “secuestrado”, asume por primera vez el

poder político. Este cambio en la sociedad es una verdadera revolución política paralela al proceso de Independencia. Aunque bien es cierto que tanto liberales como absolutistas tenían una causa común que les mantenía unidos en el mismo bando: la expulsión de los franceses y la vuelta de Fernando VII. La sección liberal esperaba un amoldamiento del rey *deseado* a la nueva época, pero en cambio se encontraron con una persecución que obligó a muchos al exilio. Por supuesto, Fernando no juró la Constitución de Cádiz y, es más, dio un golpe de Estado el 4 de mayo de 1814, suprimió las Cortes y restableció el Absolutismo. Todo esto fue posible gracias al apoyo de parte del ejército, la nobleza y el clero reaccionarios, expresado en el Manifiesto de los Persas, un documento entregado al rey a su llegada a Valencia. En él ponían por escrito su gran interés en el restablecimiento de la monarquía absoluta y la abolición de la Constitución de Cádiz.

Esta Constitución establecía por primera vez una soberanía nacional, la división de poderes y unos derechos del individuo. Es de ideología claramente liberal y rompe con el tradicional Antiguo Régimen. También destacan la libertad de imprenta y la eliminación de la Inquisición como propuestas de la legislación ordinaria de estas Cortes. La Constitución no tuvo una vigencia real en estos años, pero sí la tuvo más adelante durante el Trienio Liberal (1820-1823).

Por otro lado, cabe destacar a los *afrancesados*, aquellos españoles que aceptaron la soberanía francesa y la Constitución de Bayona (que, al igual que la de Cádiz, era de clara tendencia liberal). Muchos de ellos recibieron plazas en el Gobierno francés.

Los afrancesados vieron en el nuevo régimen de José Bonaparte una esperanza de progreso. Hubieron de exiliarse al acabar la guerra y, tras regresar parte de ellos en el Trienio Liberal, tuvieron que volver a abandonar el país durante la Década Ominosa, período de represión desmesurada. Así, buena parte de los avances ilustrados del siglo XVIII fueron arruinados. Entre estos intelectuales destacan figuras como Blanco White, Jovellanos, Javier de Burgos (que estableció por primera vez la división territorial en provincias a semejanza del modelo francés), Moratín, Quintana y Meléndez Valdez. Se tiende a acusarles de antipatriotismo, pero realmente buscaban un beneficio para la nación como cualquier otro español, según su punto de vista. “Ellos ponen las bases del Estado de mediados del siglo XIX”, como afirma la historiadora, miembro de la Academia de Historia, Carmen Iglesias. No se puede demonizar la figura del afrancesado como se hizo en aquella época.

La Guerra de Independencia no fue sólo un conflicto entre España y Francia, se convirtió en una guerra entre dos grandes bloques europeos (por un lado Inglaterra, Portugal y España y por otro el imperio napoleónico), y en un conflicto nacional. El choque de las diferentes ideologías que surgieron produjo una gran polémica, aunque ningún cambio sustancial inmediato. Propició el desarrollo de una mentalidad hasta entonces muy minoritaria y perseguida: el liberalismo, que tendría una importancia indudable durante el siglo XIX.